

cion, y apeló á la santa Sede. El santo prelado, cargado de injurias por sus propios hermanos, insultado por los barones y cortesanos, y ultrajado de varios modos por los oficiales del rey y por sus criados, salió de palacio muy gozoso por haber sido juzgado digno de padecer por la justicia. Pero habiéndole dicho que su vida no estaba segura, se huyó secretamente una noche, y pasó á Francia, donde fué muy bien recibido del rey, quien le ofreció su proteccion. El mismo acogimiento halló en el papa, á quien le hizo una sencilla, pero verdadera relacion de todo lo que habia pasado, y le suplicó, que pues él solo habia sido la causa de la tempestad, se dignase admitir su dejacion; y sacando al punto el anillo episcopal de su dedo, se le presentó al papa, y se retiró de la junta. Pero habiéndole hecho llamar el soberano pontífice, alabó su zelo y su piedad, le puso él mismo en el dedo el anillo, y le restableció en su silla; pero por no exasperar mas á Enrique, aconsejó al Santo se retirara á la abadía de Pontigni, del orden del Cister, esperando reconciliarle bien pronto con el rey.

No se puede explicar el gozo que mostró el Santo al verse en este sagrado asilo despues de tantos trabajos: aquí fué donde se entregó á todas las dulzuras de la oracion, y á todos los rigores de la penitencia. El rey de Inglaterra, irritado del favor que el Santo habia experimentado en Francia del papa y del rey, hizo confiscar todos sus bienes, y los de sus parientes y amigos, los desterró á todos de sus estados, y los obligó, bajo de juramento, á ir á buscar al Santo en su retiro. Santo Tomás vió muy en breve llegar á Pontigni esta tropa de gentes proscritas y desterradas por él, las cuales se le iban á quejar de su desgracia. El Santo se enterneció al ver este espectáculo: las lágrimas y los clamores de tantos inocentes fueron para él el mas cruel suplicio; pero su constancia quedó siempre invicta. El rey cada dia mas furioso hizo grandes amenazas al papa, diciéndole que llevaria su resentimiento hasta los últimos excesos; pero todo fué en vano. Restablecido Enrique de una peligrosa enfermedad, suplicó al papa enviara á Inglaterra un legado *à latere* para terminar todas estas diferencias. Pero temiendo igualmente que el santo prelado fulminase contra él desde Pontigni los anatemas de la Iglesia, escribió una carta llena de amenazas al capitulo general del Cister, diciendo, que si proseguian en dar asilo al santo prelado, iba á echar de Inglaterra á todos los religiosos cistercienses. Luego que nuestro Santo tuvo noticia de esta carta, salió de Pontigni, y se retiró al monasterio de Santa Columba.

No habiendo surtido efecto las proposiciones de paz que se le hicieron á Enrique, el rey de Francia, compadecido de la larga

opresion de nuestro Santo, determinó ser él mismo el mediador entre el Santo y su rey, y hacer que volviera á ocupar su silla. Tuvo algunas conferencias con Enrique, que se hallaba en Normandía, y consiguió de él que se viera con el santo prelado, el cual habiendo entrado en la junta donde estaba su rey, se fué á echar á sus pies; pero éste no se lo permitió, antes bien se bajó para levantarle: imploró su clemencia, y le dijo, que dejaba toda su causa al arbitrio del rey, como quedase salva la honra de Dios. Esta cláusula alteró al rey, y le irritó; pero vuelto de su rebato, se serenó y se aplacó; y habiéndole hecho algunas proposiciones, que el Santo creyó no podia aceptar en conciencia, esta conferencia solo sirvió para aumentar el mérito del prelado, y dar nuevo lustre á su paciencia, la que le fué bien necesaria en las humillaciones que tuvo que sufrir. Estando el rey de Inglaterra en Mont-Martre, le dijo al rey de Francia que echaba á un lado todos sus resentimientos, y que Tomás podia volverse á su iglesia. Un santo sacerdote, volviendo á Sens con el Santo, le dijo con espíritu profético, que se habia tratado de la paz de la Iglesia en la capilla de los Mártires; pero que segun le parecia, la paz solo se lograria con su martirio; á lo que el Santo le respondió: Que nada deseaba tanto como que su sangre fuese el precio de esta libertad.

No habiendo podido el rey conseguir la deposicion del arzobispo de Cantorberi, buscaba todos los medios de molestarle, y hacerle perder los derechos de su iglesia. Hizo coronar por el arzobispo de Yorck al príncipe Enrique su hijo, resistiéndolo el papa y el primado; pero bien pronto se arrepintió de lo hecho. El papa declaró al arzobispo de Yorck por suspenso y excomulgado, y fulminó las mismas censuras contra todos los obispos que habian asistido á la coronacion del jóven príncipe; é hizo decir al rey de Inglaterra, que si no volvia la paz á la Iglesia se veria precisado á poner entredicho en todos sus estados. El rey, que estaba ya arrepentido de todas sus violencias, se rindió á las paternales amonestaciones del papa. Dijo queria verse con el arzobispo de Cantorberi: se tuvo la conferencia en una gran pradería, que se llamaba el prado de los Traidores. Se concluyó la paz con mucha sinceridad por parte del Santo, y con grandes demostraciones de benevolencia de parte del rey, el que no pudo dejar de derramar lágrimas de ternura cuando vió al Santo á sus pies. Habiéndose despedido el arzobispo del rey, y dado muchas gracias á todos los que le habian favorecido en Francia, se fué al puerto de Witsan en Picardía para pasar á Inglaterra. El arzobispo de Yorck, su enemigo personal, y los otros obispos de su



partido nada omitieron para hacerle perecer, ó á lo menos impedir el que desembarcara. Llegó felizmente á Sandwich, no lejos de Cantorberi, donde entró el día siguiente 2 de diciembre, y fué recibido con aclamaciones y aplausos de todo el pueblo y de todo el clero, así secular como regular. Su entrada fué una especie de triunfo, y tuvo, al parecer, alguna semejanza con la de Jesucristo en Jerusalem, que fué seguida de su muerte pocos días despues.

Apenas habia llegado el Santo á su iglesia cuando el arzobispo de Yorck y los obispos de Londres y Salisberi le enviaron á decir de parte del rey que absolviera á todos los obispos que estaban entredichos ó escomulgados. Pero como no admitian las justas condiciones que el Santo les pedia, creyó no podia pasar adelante. Los tres prelados, autores y cabezas de la cabala, pasaron á Normandía á calumniar al Santo delante del rey, á quien tuvieron la insolencia de decir, que desde que el Santo habia llegado á Cantorberi no habia hecho otra cosa que obrar y hablar contra la honra y el servicio de S. M., y contra las costumbres del reino. El rey crédulo y todavía resentido contra el Santo, se arrebató hasta decir en presencia de toda su corte que maldecia á cuantos habia honrado con su amistad, pues no tenian valor para vengarle de un sacerdote, que le ejercitaba y le daba mas sinsabores él solo que todos sus vasallos juntos. Cuatro de sus oficiales, Reinaldo de Ours, Hugo Norvilla, Guillelmo de Traci y Ricardo Breton, hombres sin conciencia y de una vida disipada, se obligaron allí mismo con juramento á ir á asesinar al santo arzobispo.

El Santo, que habia tiempo no hablaba sino de su próxima muerte, se retiró á su iglesia á celebrar la gran fiesta de Navidad con su clero y su pueblo; predicó por la última vez, y les anunció su muerte como si hubiera tenido revelacion de ella; pasó las tres festividades en la iglesia de día y de noche, ofreciéndose sin cesar en sacrificio con un fervor extraordinario: al otro día de los Inocentes, 29 de diciembre, llegaron los asesinos á Cantorberi; y habiendo entrado en su cuarto, le hicieron unas proposiciones las mas escandalosas, sin tener para ello orden alguna del rey. El Santo les respondió como correspondia á un gran prelado y á un héroe cristiano. Mas aquellos impios le dijeron al retirarse que su constancia espiritual le costaria la vida. No huíré, les dijo sonriéndose y con su mansedumbre ordinaria; esperaré tranquilamente la muerte, y me tendré por muy dichoso en morir por los intereses de la Iglesia. Habiéndose retirado á la iglesia despues de esta mortificacion á cantar el oficio divi-

no, vió muy luego rodeada la iglesia de soldados con los asesinos á su frente. Los religiosos y los clérigos se sorprendieron é hicieron ademán de cerrarla y defenderse, para lo cual se ofrecia el pueblo á ayudarles; pero el Santo lo estorbó diciendo que el templo del Señor no debia fortificarse ni guardarse como el campo de un ejército. Entonces, habiendo entrado los asesinos con espada en mano, empezaron á gritar: ¿Donde está el traidor? ¿donde está el arzobispo? A estos gritos, dejando el Santo su silla, y poniéndoseles delante, les dijo: Yo soy el arzobispo; pero no soy traidor: estoy sí pronto á morir por mi Dios, por la justicia y por la libertad de la Iglesia; pero con toda la autoridad que Dios me ha dado os conjuro que no hagais el menor mal á ninguno de mis religiosos, de mis clérigos ó de mi pueblo. Luego volviéndose hácia el altar, y juntando las manos, exclamó: Encomiendo mi alma y la causa de la Iglesia á Dios y á la Virgen santísima, á los santos patronos de este lugar, y á S. Dionisio mártir. Apenas hubo dicho estas palabras cuando Reinaldo, uno de los asesinos, le descargó el primero en la cabeza un golpe de sable, con lo que el Santo cayó de rodillas cubierto todo de sangre, y al mismo tiempo dos de los otros asesinos le atravesaron sus espadas por el pecho; y al ir á espirar, el cuarto de estos malvados le rajó la cabeza, y le hizo arrojar los sesos sobre el pavimento. Así consumó su martirio este ilustre y santo prelado, gloria de su nacion, y uno de los mas gloriosos ornamentos de su iglesia; murió el 29 de diciembre del año de 1170, á los cincuenta y tres de su edad, y el noveno de su obispado.

Toda la Europa mostró el dolor que le causaba la muerte del obispo de Cantorberi, y todo el mundo cristiano se horrorizó al oír el asesinato ejecutado en la persona del mas santo y mas eminente prelado de su tiempo. Su cuerpo, que se halló vestido de un áspero cilicio, muy mortificado con sus continuas penitencias, y consumido por sus muchos trabajos, fué enterrado en la iglesia sin ceremonia alguna. Los asesinos saquearon el palacio arzobispal, y consternaron toda la ciudad. Varios santos religiosos de Inglaterra, Francia y Palestina tuvieron revelacion de su muerte al mismo tiempo que sucedió.

La nueva de esta muerte consternó tanto al rey Enrique, que arrepentido de cuanto habia hecho, estuvo muchos días sin comer ni beber, hecho un mar de lágrimas. Envió al instante embajadores al papa Alejandro III que le protestaran que este asesinato se habia ejecutado sin preceder la menor orden suya: que confesaba que él habia sido la causa y el motivo por una palabra indiscreta que se le habia soltado, y que se sujetaba á la penitencia



que gustase imponerle. El papa envió dos legados para informarse de lo acaecido, los que viendo que el rey á todo se sometia, le impusieron una penitencia pública proporcionada al delito; y habiendo ido despues á la puerta de la iglesia, se postró en tierra, y bañado en lágrimas, recibió la absolucion de los legados en presencia del clero y del pueblo.

Se miró esta conversion del rey como uno de los primeros milagros del Santo, al que se siguieron otros muchos estupendos que se obraban todos los dias en su sepulcro; lo que obligó al papa Alejandro III á canonizarle solemnemente tres años despues de su muerte, habiendo precedido todas las formalidades ordinarias. Por sincero que fuese el arrepentimiento de Enrique, sin embargo no dejó Dios de vengar la muerte del Santo de un modo muy terrible. La espada de la disension no salió de su familia desde entonces. Los dos príncipes sus hijos se rebelaron contra él, y trajeron á su partido al conde de Flandes y al rey de Escocia. Se vio á pique de ser destronado; y aun de perder la vida. Pero comprendiendo de donde le venian tantas desdichas, determinó espíar su pecado con una penitencia pública. Habiendo hecho juntar un gran número de obispos en Cantorberi, se presentó ante ellos con los pies descalzos, con un vestido ordinario, y sin séquito. Habiendo llegado al sepulcro del Santo, bañado en lágrimas, y prorumpiendo en grandes sollozos, se postró con el rostro en tierra, confesó públicamente su pecado, pidió perdon á Dios y al Santo; luego descubriéndose las espaldas, quiso que todos los prelados le diesen cinco golpes de disciplina, y mas de ochenta religiosos cada uno tres; pasando lo restante del dia y de la noche siguiente en vela, en oracion y en ayuno. Se olvidó para siempre de las injustas pretensiones que habian sido el asunto de su querella contra Sto. Tomás, y aumentó los derechos y rentas de su iglesia. Dios aceptó su penitencia. El rey de Escocia fué vencido y hecho prisionero, y los dos príncipes sus hijos vinieron á echarse á sus pies para implorar su clemencia. Los asesinos fueron asaltados de un terror continuo que les hizo pasar el resto de sus dias en una especie de frenesí que no los dejó hasta la muerte, y todo el mundo fué testigo de su terrible suplicio. El rey de Francia, Luis el Jóven, fué en persona al sepulcro de Sto. Tomás á pedirle la salud de su hijo primogénito, que fué despues Felipe Augusto. S. Luis dió á la abadía de Royaumont la cabeza del Santo, la que obtuvo del rey de Inglaterra. Enrique VIII, habiéndose rebelado contra la Iglesia, recibió tanta aversion á nuestro Santo, que cometió la impiedad de hacer quemar sus santas reliquias.

## SAN DAVID, REY Y PROFETA.

FUÉ David natural de Belen, hijo de Isai ó Jesé, de la tribu de Judá, la mas honrada entre los israelitas. El nombre de David quiere decir *escogido*, y así lo fué de Dios, y puesto en lugar de Saul, que le salió rebelde. Y para esto, siendo aun pequeño, fué por mandado de Dios el profeta Samuel á casa de su padre en Belen, á ungrle por rey, donde por ser el menor entre ocho hermanos, le tenian en poco; y pretestando el profeta un sacrificio, convidó á Isai y á su familia al banquete, que de ordinario se hacia despues del sacrificio, y pidió que le presentara sus hijos. El mayor de ellos de edad ya madura y de presencia gallarda, fué el primero que compareció: el profeta al verle creyó que éste era el escogido de Dios; pero el Señor le dijo: «No mires á su presencia, ni á su grande estatura, porque yo le he desechado.» El hombre juzga por las apariencias; mas el Señor ve lo profundo del corazon. Llamó Isai á su segundo hijo y en seguida á los otros cinco. Dios reveló al profeta que á ninguno de aquellos escogiera, y preguntó Samuel a Isai si le quedaba otro hijo: respondió el padre que sí, aunque era un niño, que aparcataba las ovejas. «Hacedle venir, repuso Samuel, pues no nos sentaremos á la mesa hasta que venga.» Isai le envió á buscar; y compareció un jóven de quince años, de blonda cabellera y de hermosa presencia: David su nombre. Entonces dió á entender el Señor al profeta que éste era á quien destinaba para rey. Por lo cual le ungió sin mas testigos que su padre y hermanos (\*).

Desde aquel instante posó el espíritu del Señor en David y abandonó á Saul. Al mismo tiempo se apoderó de este príncipe un espíritu maligno, que le atormentaba, permitiéndolo el Señor, para que se enmendase y tuviese dolor de sus desobedien-

(\*) La Escritura no dice si el profeta les declaró lo que significaba aquella unción, ni si se lo declaró en particular á David, como habia hecho á Saul cuando le consagró rey. Sea de esto lo que fuere, un asunto tan importante y de tan grandes consecuencias quedó sepultado en un profundo secreto. Samuel despues de haber obedecido á Dios, se retiró; y David, despues de haber sido consagrado rey de Israel, vuelve á sus ovejas. Esta unción dió á David el derecho al reino de Israel; pero no la posesion, á la que no llegó sino despues de la muerte de Saul, y á costa de muchos sufrimientos y trabajos. Se pretende que en esta ocasion compuso David el salmo 26 y que tiene por título: *Salmo de David antes de ser ungió.* (Scto. not.)